

## México 1997: compromiso social y proyecto nacional

Ana Esther Ceceña\*

El 1° de enero de 1994 fue un auténtico parteaguas en la historia moderna de México. La entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio con América del Norte sanciona el nuevo lugar de México en la división internacional del trabajo y en la reconstrucción de la hegemonía estadounidense y el colapso de la gestión económica y política interna marcado notablemente por la sublevación de los más pequeños.

Las presiones neoliberales por la disponibilidad abierta de los territorios con todos sus recursos y riquezas, enmascarada bajo el emblema del libre comercio, aparece en este caso como un conjunto combinado de iniciativas. Al tiempo que se busca deliberadamente la pérdida de base económica y social del Estado mexicano para someterlo a las soluciones de salvaguarda decididas desde el vecino del norte y convenientes a sus intereses, se contribuye contradictoriamente a su deslegitimación con base en los mismos mecanismos que en otro momento sirvieron a su subordinación: la corrupción y sus escandalosos vínculos con los negocios de la droga.

Simultáneamente se promueve el desmantelamiento de la planta industrial, se ahorca financieramente cualquier actividad productiva no perteneciente a los grupos de élite, se golpea a la clase trabajadora con criminales políticas salariales y un corporativismo contrario al librecambio pregonado como modelo ideal, se *desregulan* las relaciones contractuales y la presión del desempleo lleva al crecimiento del trabajo entregado por la sociedad a cambio de una subsistencia en condiciones cada vez más precarias, y, lo que es más grave, el territorio nacional todo

---

\* Investigadora del IIEC.

es puesto en el supermercado, arrancando con ello a un 40% de la población la única posibilidad de supervivencia —además de su historia—, sus raíces y el último asidero de su vinculación con la patria.

El levantamiento zapatista de aquel 1° de enero en Chiapas es la manifestación de imposibilidad del modelo económico impulsado por el gran capital y sus representantes en el gobierno mexicano. Las modificaciones al artículo 27 constitucional y el cambio de definiciones en torno a los bienes considerados estratégicos para la Nación, son la herramienta básica para gestionar el proceso real de incorporación del territorio mexicano al gran coloso de América del Norte. Estas dos medidas mercantilizan la relación con la tierra y sus riquezas y convierten a sus creadores y habitantes ancestrales en esclavos del dinero.

Este punto es de gran importancia porque, una vez que el proceso de privatización avanza, la gestión del Estado nacional empieza a volverse superflua y a ceder áreas cada vez más significativas al Estado hegemónico en la relación regional. Expresión de esto son las sistemáticas intervenciones del propio Estado estadounidense en la impartición de justicia, en actividades de control y seguridad *domésticas* en territorio mexicano con agentes federales de ese país, en las supervisiones de *uso final* que abiertamente se discuten en el Congreso estadounidense, etcétera.

La capacidad objetiva del gran capital mundial para determinar las políticas internas y los márgenes de movilidad del Estado mexicano se refuerza con la complicidad de los gobiernos locales que han asumido la gestión nacional como un asunto de negocios y no de Estado. Las prácticas gubernamentales perdieron la interlocución con la sociedad y esto, aunado al desastre económico y social de la etapa neoliberal, llevó a la confrontación del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y, en torno a él, de los más diversos sectores de la sociedad, con el Estado.

El ¡Ya basta! levantado por los zapatistas el 1° de enero de 1994 abre un espacio de confluencia entre grupos sociales e individuos insertos en diferentes procesos de contestación o de lucha, algunos pertenecientes a organizaciones establecidas y algunos no organizados y en muchos casos reñidos con las

prácticas organizativas existentes. El llamado zapatista que lleva a una lucha a muerte simplemente por el derecho a existir, pero con dignidad, emerge en el momento en que el país está siendo entregado indignamente. El llamado a que la sociedad misma tome a su cargo la conducción del país y la manera honesta y humilde como los zapatistas inician el diálogo con ella, llena de nuevo contenido el espacio de la política, de lo nacional, de la patria y de la democracia. Se crea así una nueva legitimidad para las luchas sociales y nuevas formas que contribuyen a reconocer las diferencias como insoslayables y enriquecedoras, mientras sean respetadas.

El diálogo social, el diálogo nacional y la construcción de acuerdos como parte de un proceso de refundación de la Nación constituyen una pretensión enorme por parte de aquéllos que ni siquiera eran considerados ciudadanos. Tal propósito, sin embargo, emanado de una dignidad que ha resistido más de 500 años de opresión, tiene la fuerza y la oportunidad de quien pacientemente ha ido agotando las posibilidades de ser escuchado. El levantamiento en Chiapas es la evidencia tanto de la cancelación de las perspectivas de vida de un gran número de mexicanos dentro del *modelo* económico actual como de la grandeza de un pueblo que quiere formar parte de la historia.

Los esfuerzos realizados por un conjunto de fuerzas en torno al fortalecimiento de la democracia electoral, en este contexto, cobraron nuevos ímpetus. La propia lucha zapatista, ya no sólo la del EZLN sino la de amplios contingentes civiles que se han agrupado alrededor de él, ha promovido sistemáticamente la posibilidad de abrir espacios de diálogo que permitan transitar a la democracia participativa por caminos distintos a los de las armas. La figura de Cárdenas, real y simbólica, capaz de aglutinar también a un conjunto variado de sectores y la convicción por parte de la sociedad de que más allá de las elecciones es el momento de tomar al país en las manos y de empezarlo a conducir colectivamente, lograron, dentro de este contexto general de rechazo a la política y las reglas del juego impulsadas por los gobiernos neoliberales, ganar una de las batallas más importantes de la sociedad mexicana: el triunfo en las elecciones de 1997 representa el triunfo de los esfuerzos combinados de una gran variedad de fuerzas y de la convicción colectiva, que se ha expresado ya

de muchas maneras pero que estará presente en la conducción del gobierno del Distrito Federal, de que es la participación respetuosa pero decidida la que construye la posibilidad de un mundo mejor.

No obstante, en el seno de la sociedad mexicana hay actores variados y estrategias de conducción y de organización distintas y contradictorias. El poder jugó a favorecer un margen de maniobra más amplio en las elecciones del Distrito Federal, donde, además, no tenía condiciones de justificar una derrota de Cárdenas, buscando deslegitimar la lucha armada, particularmente la zapatista. El poder jugó todas sus cartas para buscar un enfrentamiento de posiciones entre este conjunto informe de colectivos que mantiene discrepancias en muchos puntos concernientes a lo electoral, o a los contenidos y formas del cambio que requiere el país. No lo logró. La deslegitimación del régimen es tan amplia que no fue escuchado.

Y estas elecciones marcan una nueva etapa de la lucha por transformar este país en el lugar digno y justo que merecemos los mexicanos, aprendiendo a asumirnos con humildad y aceptándonos diferentes. El proceso de construcción de una sociedad distinta implica ir creando los espacios y las formas de lograr representaciones reales, cuando son necesarias, con el involucramiento y legitimación de la gente representada; implica exigir colectivamente el cumplimiento de los acuerdos y el respeto a las instancias participativas o representativas, implica crear nuevas relaciones entre gobernantes y gobernados.

La sociedad ya no va a permitir usurpadores. La política tendrá que conducirse con sensibilidad y ética. En una sociedad participativa como la que está haciendo cambiar este país, la única posibilidad de gobernar es bajo el principio de *mandar obedeciendo* que forma parte de las enseñanzas de los indígenas rebeldes de Chiapas. Esto parece formar parte ya de las convicciones de sectores cada vez más amplios de la sociedad al punto de ser recogido en el primer discurso del Presidente de la LVII Legislatura, Porfirio Muñoz Ledo. Ése es el espíritu que da nuevo perfil a la política y a la conducción de los destinos de México, es el tipo de gobierno que reclama la sociedad. Su primera tarea, indiscutiblemente, consiste en gestionar las condiciones para el restablecimiento inmediato de la mesa de

diálogo entre el gobierno de México y el EZLN, es decir, garantizar el cumplimiento de los Acuerdos de San Andrés y regresar el ejército a sus cuarteles.